



Sabbatum

NÚMERO 9
JULIO 2014

Edita: La Real Cofradía del Santísimo Cristo de la Expiración
Vocalía de Cultos

Reflexión ante el Evangelio de hoy

"Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón"

Los humildes y sencillos son aquellos que encuentran descanso para su vida en el mismo Dios, al que han conocido en Jesucristo, y sienten la suavidad del amor que el Señor ha puesto en el yugo y en la cruz.

Los entendidos, tan pagados de sí mismos, son incapaces de ver, porque la soberbia es mancha del corazón y sabido es que solamente los limpios de corazón pueden encontrarse con Dios.

Cardenal Carlos Amigo



LAS SIETE PALABRAS DE MARÍA (I)

**PRIMERA PALABRA (San Lucas 1, 34):
"¿Cómo será esto, pues no conozco varón?"**

En esta primera palabra, María pregunta y responde a la vez. Con esta pregunta, María pide una explicación, no propiamente para comprender los planes de Dios, sino para cumplirlos.

Ella no sabe cómo conciliar dos realidades incompatibles, la de no "conocer varón" y la llamada a ser madre.

La pregunta de María describe su deseo íntimo, su inclinación a la virginidad. Según la cultura de su tiempo, donde la virginidad no estaba bien vista, ella estaba desposada de José, pero su corazón se orienta en otra dirección.

Este deseo era la mejor preparación, la disposición más preciosa para cumplir la misión a la que Dios la destinaba: ser la madre del Mesías de modo virginal.

A la madre de Dios, a la mujer que el Altísimo prepara para ser su madre, no se la puede colocar en el plano de una mujer corriente, desde el punto de vista psicológico, ni desde el punto de vista religioso.

María, vaciándose, llega a la plenitud.

La sola virginidad corporal sería una pobreza.

Su virginidad espiritual consiste en la actitud de su alma que se siente pobre y sierva del Señor y se abre a los designios de Dios.

Abandonada ciegamente a él.

Tiene sentido por el Reino de los cielos (Mt 19,12) para facilitar una disponibilidad plena, permitiendo al corazón no dividido, la entrega total, con todas sus fuerzas a Jesucristo y a su Iglesia, a Dios y a los seres humanos.

La virginidad, tan infravalorada en el judaísmo, fue elegida por María como una forma de pobreza; es una manifestación de que la salvación viene de Dios, de ese Dios que, como manifiesta su modo de obrar en la historia de su pueblo, ha elegido los medios más pobres para llevar a cabo la salvación. Para la tradición de la Iglesia, la concepción virginal de Jesús, no es, pues, un dogma periférico, sino un camino fundamental que nos conduce al dogma de la encarnación; es un signo de la divinidad de Jesucristo.

ÁNGELES

Cuando participamos en la celebración de la Santa Misa, no solemos caer en la cuenta de que en ella existen dos momentos en los que los fieles nos unimos a los coros celestiales para entonar la alabanza del “Gloria” –en las festividades- y en la aclamación –junto a toda la creación- del “Santo”. Son dos momentos en que los que estamos en la tierra nos unimos a los que están en el Cielo entonando el mismo canto de alabanza a Dios.

Isaías en su visión los describe así: “...*vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso: la orla de su manto llenaba el templo. Junto a Él estaban los serafines, cada uno con seis alas: con dos alas se cubrían el rostro, con dos el cuerpo, con dos volaban, y se gritaban unos a otros diciendo: ¡Santo, santo, santo es el Señor del universo, llena está la tierra de su gloria!*”

Poco o casi nada conocemos de estos seres celestiales, espirituales, no corporales. Espíritus puros - aclara San Agustín- que si se les encomienda una misión, se les denomina, ángeles (Ángel significa mensajero).

La existencia de los ángeles es una verdad de fe para el cristiano. Ellos están presentes en los momentos más relevantes de la vida de Jesús: Cuando Dios introduce “*a su primogénito en el mundo, dice: adórenle todos los ángeles de Dios*”. Su cántico de alabanza en el nacimiento de Cristo no ha dejado de resonar “*Gloria a Dios...*” le protegen en la infancia, le sirven en el desierto, lo confortan en la agonía; anuncian la resurrección... En realidad toda la historia de la salvación está salpicada de la presencia angélica.

Existe la certeza, por la tradición judeocristiana, de categorías y jerarquías en los ángeles. Las referencias a los diferentes coros angélicos se encuentran en el Antiguo Testamento: Ezequiel habla de querubines, Isaías de serafines, en Tobías el arcángel San Rafael nos descubre que pertenece a un grupo de siete...

San Pablo en su Epístola a los Efesios indica: “*(...) lo hizo sentar a su derecha en el Cielo, elevándolo por encima de todo Principado, Potestad, Poder o Dominación que pueda mencionarse*”, y en la carta a los Colosenses afirma: “*Porque en Él (Cristo) fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por él y para él*” (Col 1, 16).

La tradición cristiana y los Santos Padres admiten la existencia de nueve coros angélicos que Santo Tomás de Aquino estructura atendiendo al criterio de su mayor o menor cercanía a Dios en el Cielo. Establece:

1ª Jerarquía, la más cercana compuesta de Serafinos, Querubines y Tronos

2ª Jerarquía, Dominaciones, Potestades y Virtudes

3ª Jerarquía, Principados, Arcángeles, Ángeles

Oración al Ángel Custodio: “Ángel del Señor, que por orden de su piadosa providencia eres mi guardián, custódiame en este día e ilumina mi entendimiento, dirige mis afectos, gobierna mis sentimientos, para que jamás ofenda a Dios nuestro Señor. Amén.

